

# Dios, el mal y la ansiedad

Juan Sánchez Núñez

## Introducción

Soy el último, un día cargado de reflexiones... así que he hecho un esfuerzo por resumir mi conferencia en una sola frase. Dicen que sólo se recuerda una frase, así que me conformo con que la recordéis.

A ver, prestar atención y después ya podéis volar libremente... pensar en el partido de fútbol de la selección..., en la comida de mañana..., dormirar un rato...

«Dios no nos salva **de** la muerte, nos salva **en** la muerte».

(¡Has descubierto el Mediterráneo...! Ya sé que no, pero es clave, ya lo veréis...)

«Dios no nos salva **del** mal, nos salva **en** el mal».

«Dios no nos salva **de** la muerte, nos salva **en** la muerte»... Y es que la muerte es vista como el último enemigo, como el mal definitivo que a todos alcanza por igual. Pero no sólo como un hecho puntual que acaece al final de la vida sino como un imperio de muerte que extiende sus brazos a lo largo de toda la vida y nos hace vivir en la angustia.

«El temor a la muerte nos hace vivir angustiados, esclavizados...» y de ello nos libera Jesús, He 2,14-15: *Jesús, como todos los seres humanos, participó de una vida mortal, pero por medio de su muerte, consiguió destruir el imperio de la muerte, y liberar a todos aquellos que por miedo a la muerte, viven toda la vida esclavizados.*

Es el temor a la muerte, el que nos impide arriesgar más... Es el temor a perder el empleo, lo que nos hace vivir cobardemente... y callar y mirar para otro lado... Es el temor a perder nuestro dinero, nuestra seguridad, nuestro prestigio... lo que nos hace vivir esclavizados a la mentira, a la injusticia... al imperio de la muerte... ¡Tremendo texto el de Hebreos! — Pero no puedo seguir desarrollando este argumento, que nos apartaría un poco del tema.

Y es que hoy nos estamos preguntando acerca del mal... y yo resumo mi exposición en esta frase:

«Dios no nos salva **de** la muerte, nos salva **en** la muerte».

«Dios no nos salva **del** mal, nos salva **en** el mal».

Decía que no había descubierto el Mediterráneo, y es que la primera parte de mi frase es obvia: ¡Está cla-

ro que morimos! ¡Está claro que el mal nos abrumba y nos angustia! ¡Pero, si de eso se trata... de explicarlo, de entenderlo mínimamente! Y vienes tú a decirnos que es así...

Pues sí, eso es lo primero que quiero decir y que deberíamos reconocer, que preguntar: ¿Por qué existe el mal? Es como preguntar: ¿Por qué morimos? Pues, porque la realidad es así.

¿Por qué existe la ley de la gravedad? ¿Por qué los cuerpos se atraen? Pues porque la realidad es así. Esto quizá resulte un poco extraño y estoy anticipando lo que va a ser mi exposición, pero hoy la razón humana se autolimita y no se considera capaz de especular imaginando mundos posibles que fuesen mejores que este. Por ese camino sólo vamos a agotarnos intentando «atrapar el viento», que diría Eclesiastés. Ya lo veremos.

Pues bien, siguiendo con mi argumentación, en realidad ¿qué estoy diciendo?: Que a pesar de la muerte, el mundo «merece la pena»; que la creación es buena... a pesar de la muerte; que a pesar del mal, es posible vivir con esperanza.

«Dios no nos salva **de** la muerte, nos salva **en** la muerte».

«Dios no nos salva **del** mal, nos salva **en** el mal».

«Dios no nos salva **del** sufrimiento, nos salva **en** el sufrimiento».

«Dios no nos salva **de** los terremotos, nos salva **en** los terremotos...» y así podríamos continuar.

Sólo cambia una preposición, pero cambia un mundo, un universo simbólico e imaginario. Cambia un modo de pensar y de sentir y de actuar en consecuencia.

Y aquí podría terminar, y dejaros descansar. En realidad sólo quiero realizar un breve desarrollo, a partir de esta frase que me parece clave, acerca de un tema que me reconoceréis complejo y vital.

Y que produce angustia, ansiedad a muchos hombres y mujeres creyentes. Poner juntos a Dios y al mal no es fácil, se repelen, son contrarios, antitéticos... y en la vida de cualquier creyente produce ansiedad.

Una hermana de mi iglesia, nos invitó a comer... y en la sobremesa nos decía: «A ver, tú que eres profe-

sor de teología en el SEUT. Cuando veo tanto dolor, tanto sufrimiento, me pregunto: ¿Por qué hay tanto mal en el mundo y Dios no hace nada? ¿Por qué el tsunami y Dios no hace nada? ¿Por qué la muerte de tantos niños y Dios no hace nada?» Aunque mi respuesta no fue tan elaborada como esta ponencia, algo de ello mencioné, sobre todo lo que constituye su primer punto, el que viene a continuación.

### Aproximación religiosa al problema del mal

Primacía de la salida práctica. Buscar soluciones vitales. Sanar al que sufre. Liberarlo...

Jesús nos habla siempre de dar respuesta al mal, antes que explicarlo; de ser en primer lugar, solidarios y justos, sensibles al sufrimiento de los otros y responder activamente, buscando la justicia. Sólo cuando ya vivimos así, podemos preguntarnos acerca de sus razones, de su alcance, de su falta de significado, etc.

Es como si el hombre que ha sido asaltado por ladrones, cuando se le acerca el buen samaritano le dice:

—No me socorras. No me cures. No me subas a tu asno y me llesves a la posada. Sólo te lo permitiré si antes me dices por qué me ha tocado a mí esta desgracia: ¿Por qué? Si yo soy un buen creyente, doy los diezmos, doy limosna y me preocupo de la viuda y del huérfano, etc.... ¡Dime por qué me sobreviene a mí este mal!

Supongo que os habéis dado cuenta de que esta modificación está inspirada en Gautama el Buda, quién para mostrar la inutilidad de la especulación y aconsejando centrarse en la sanación de la herida que afecta al ser humano, les narra aquella historia de un hombre herido por una flecha envenenada, les dice:

—Es como si un hombre cae herido por una flecha envenenada y sus amigos, compañeros y parientes, llaman a un médico para que lo cure y él dice: «No consentiré que me arranquen la flecha hasta saber qué clase de hombre me ha herido: si es de la casta de los guerreros o es un agricultor o pertenece a una casta inferior». O como si dijera: «No dejaré que me arranquen la flecha hasta saber de qué familia es ese individuo: si es alto o bajo; o si es blanco, moreno o amarillito...; o si viene de esta o aquella aldea, ciudad o pueblo; o hasta que sepa si el arco con que me hirió era chapa o *kondanda*; o hasta que sepa si la cuerda del arco estaba hecha de bambú o de cáñamo o de gomerro...» Ese hombre morirá, sin haber llegado a saber tantas cosas.

»La vida religiosa no depende de que el mundo sea eterno o no sea eterno. Lo sea o no, siempre habrá nacimiento y vejez, muerte y dolor, lamentos y sufri-

mientos, tristeza y desesperación; y yo anuncio la destrucción de todas estas cosas ya para esta vida... Así habló el Señor, y con gozo aplaudió Malunkyaputta sus palabras».

Las religiones son siempre ofertas de salvación, caminos de enfrentamiento y superación del mal que oprime y esclaviza al hombre. Y son esto esencialmente, es decir, no son repuestas teóricas al problema del mal. Son caminos de enfrentamiento práctico y de superación del sufrimiento y el mal que oprime al hombre.

Esto es lo que venimos viendo en el día de hoy, en las ponencias de los profesores Delameillieure y Sörgel.

Aunque lo religioso se caracteriza por esto, hoy en día, en una sociedad moderna y crítica, nos seguimos preguntando: ¿Cómo es posible tanto mal? La hermana de mi iglesia: ¿Por qué esa tragedia de sufrimiento y muerte que envuelve la vida humana?

Hemos de reconocer que en nuestra sociedad moderna el mal se convierte, en expresión del dramaturgo alemán Georg Büchner, en la roca del ateísmo; el mal es el fundamento sólido del ateísmo en nuestra sociedad.

Fijaos si han cambiado las cosas respecto a sociedades anteriores. Santo Tomás podía decir «*si malum est, Deus est*», («si hay mal, existe Dios»); es decir, el problema del mal, para santo Tomás, podía llevar a Dios. Y aunque nos parezca extraño tenía razón santo Tomás. ¿Qué gana el hombre moderno al quitar a Dios y quedarse sólo ante la tragedia del mal? «La muerte de Dios» deja al hombre moderno «desamparado» frente al mal. Este es el dilema de la modernidad: «Parece imposible, a la vista de tanto sufrimiento, que exista Dios; y sería terrible, a la vista de tanto dolor, que no existiera Dios».

No es ni más ni menos que el famoso dilema de Epicuro, que aún hoy conserva su mordiente. Ya cuatro siglos antes de nuestra era, la razón planteaba la cuestión con una claridad y una contundencia que aún hoy parece no tener respuesta:

—O bien, Dios quiere eliminar el mal del mundo, pero no puede; luego no es omnipotente. O bien, puede eliminar el mal del mundo, pero no quiere; luego no es bueno.

Vemos que la presencia del mal en el mundo es incompatible con la existencia de un Dios bueno y omnipotente. Si fuera bueno y omnipotente, no habría mal en el mundo, concluye la razón.

Ha sido para enfrentar este dilema que ha surgido la teodicea, la justificación de Dios, en la modernidad. (Teodicea: Del griego θεός, Dios, y δίκη, justicia).

Como estamos en una jornada «académica» quisiera llamar vuestra atención sobre el punto en que se encuentra el debate en torno a la teodicea en el ámbito de la teología española, que no vive aislada — como no puede ser de otro modo en una sociedad globalizada — y por lo tanto en la teología española se recogen los planteamientos de los principales teólogos actuales.

Dos posturas:

«La imposible teodicea», de Juan Antonio Estrada.

«La inevitable y posible teodicea», en diferentes obras de Andrés Torres Queiruga.

(Ver bibliografía al final de la ponencia.)

### La imposible teodicea

Permitidme que intente hacer una breve presentación de un tema que ha tratado en diversos artículos y al cual ha dedicado un libro de 412 páginas. Intentaré ser fiel a su pensamiento y no «distorsionarlo» en mi apretada síntesis.

Cómo os decía, *La imposible teodicea* es el título de un libro de Juan Antonio Estrada. ¿Qué nos dice?

- Desde una perspectiva antropológica, racional y filosófica, el mal tiene que ser asumido. La única respuesta posible es la lucha contra él. El mundo es como es, no podemos evitarlo porque somos parte de él, pero sí transformarlo.
- La praxis transformadora en que convergen la ciencia, la filosofía, el arte y la religión, es la respuesta común al problema del mal. Lo único racional es luchar contra él, incluso aunque tengamos conciencia de la derrota inevitable ante un mal que pervierte los ideales más nobles y que frustra cualquier proyecto liberador.
- El siglo XX ha mostrado que los sueños de la razón producen monstruos... el fracaso del progreso como panacea frente al mal; los desastres causados por el hombre, han posibilitado filosofías existenciales del absurdo.
- El problema se radicaliza cuando se cree en un Dios personal. De ahí surge la *teodicea*, los intentos de justificar a Dios ante el mal. Que remontándose a Epicuro, retoma Leibniz en el siglo XVII. Es el intento — digo — de explicar racionalmente el porqué y el para qué del mal y de justificar a Dios ante él. El hombre llama a Dios ante el tribunal de la razón

para enjuiciar la creación y dilucidar si es bueno y justo, y explicar el mal desde la perspectiva divina.

- La solución se basa en lo que Dios puede o no hacer. El Dios bondadoso crea el mejor de los mundos posibles y el mal forma parte de su acción creadora, ya que la imperfección de lo creado lo hace inevitable.
- ¿Qué piensa Estrada de todo esto? Que estos conocimientos intentan explicar racionalmente el mal, integrándolo en un sistema total de sentido, pero que para la mayoría de las personas, estos conocimientos son insuficientes, y a veces una manera teórica de huir del sinsentido que el mal plantea.
- Pero es más, esta visión entró en crisis con el terremoto de Lisboa de 1755, que cuestionó la tesis optimista de Leibniz de ser éste el mejor de los mundos posibles, al ser creación de Dios. La filosofía declaró imposible la teodicea. No se puede englobar en una teoría a Dios y al mundo, para desde ahí explicar el mal. Dios no puede ser parte de un sistema. El Dios divino, si es que existe, no puede integrarse en una construcción racional. Y añade: Hoy triunfa la teología negativa, el «si lo conoces no es Dios» de san Agustín; y triunfa la crítica al Dios de los filósofos, que no sería más que una mera construcción humana.
- Estrada, teniendo en cuenta a Kant, dice que cuando la razón especula sobre Dios, sin base empírica en qué apoyarse, cae en una divagación sin contenido. Dios sólo puede ser un postulado de la razón, objeto de la fe racional del hombre.
- La existencia del mundo es problemática y nos plantea la pregunta por Dios, pero no podemos teorizar sobre él, sobre su esencia o sus intenciones.
- De ahí que concluya Estrada que la teodicea es imposible y que el silencio y la pasividad de Dios ante un mundo supuestamente creado por él, es lo que hace del mal la roca fuerte del ateísmo y también lo que problematiza la fe del cristiano que *ni sabe ni puede responder* ante la queja sobre tanto mal.

Ahora bien, ¿hace alguna propuesta positiva J.A. Estrada?.

Sí. Invita al creyente a vivir apoyándose en su fe y tomando conciencia de que hay preguntas que la teología ni sabe ni puede responder, son *las preguntas irresueltas de la teología*.

Y es que racionalmente no podemos decir quién y cómo es Dios. No hay que confundir nuestras repre-

sentaciones con la realidad divina; y hay que mantener la negación como más verdadera que lo que afirmamos sobre Dios.

Sin embargo, más allá del intento de la razón por llegar a Dios y conocer su esencia, están las religiones y sus pretensiones de conocimiento en base a experiencias y revelaciones. Y de ahí que siga preguntando: ¿Es posible una teodicea teológica en base a la revelación? Y si no lo fuera, ¿se puede seguir siendo cristiano con una teodicea irresuelta? Estas son preguntas que en el siglo XX se han vuelto determinantes para la fe, la teología fundamental y la misma apologética, como consecuencia del fracaso de las teodiceas filosóficas.

Como decía, Estrada nos invita a vivir como cristianos con una teodicea irresuelta, apoyándonos en nuestra tradición. En ella encontramos dos grandes crisis vinculadas al problema del mal: la de Job, en el A.T.; y la que provoca la cruz de Jesús.

- En la cruz de Jesús, ésta crisis se agudiza hasta el extremo. Jesús apura el cáliz del sinsentido, y en ese cáliz se mezclan el dolor físico y el mal moral, la injusticia y el sufrimiento. Pide a Dios que le evite el mal, confesando que está triste hasta la muerte; pero sólo recibe fuerzas en la oración para afrontarlo. **No** hay intervención divina que le evite ese cáliz. La historia de Jesús se inscribe en la de tantos vencidos, víctimas injustas que fracasaron en sus proyectos a favor de una humanidad que supere el mal.
- Jesús fue probado y tentado en la experiencia del mal, como nos ocurre a todos, y *sin comprender*, murió como vivió, perdonando a sus agresores y poniéndose en las manos de Dios. Sus preguntas son las de tantos: ¿Dónde está Dios? ¿En qué queda su providencia? ¿Por qué no interviene si es el Señor de la historia?

Son preguntas típicas de una teodicea irresuelta, como la de Jesús. Su no saber y su conciencia de abandono lo acercan a nosotros, que tenemos que asumir un mal incomprensible sin desfallecer ante él.

Ahora bien, la clave de la respuesta cristiana al problema del mal está en la resurrección, y en esto coinciden ambos autores. La resurrección hace posible la esperanza a pesar del mal. Pero vayamos concluyendo...

Nos dice Estrada, el anuncio de la resurrección confirma la presencia de Dios en y desde el crucificado. Dios se revela en un escenario que revela su impotencia ante el mal humano; la autonomía de los acontecimientos históricos y el mal que Dios no quiere son

los elementos esenciales de ese escenario; en él se pone de manifiesto la ausencia de una fuerza divina, que desde fuera de la historia, contrarrestara el mal en la historia y limitara la libertad humana. Es el hombre, no Dios, el agente de la historia. Pero Dios se hace presente inspirando, motivando y actuando a través de personas que se convierten en sus testigos.

- El Dios cristiano es incomprensible porque se manifiesta desde el no poder, incapaz de proteger a los suyos de los efectos del mal e identificado con las víctimas.
- No hay que pretender saber más que los no creyentes acerca del mal. Hay que aprender a vivir con una experiencia del mal que genera preguntas a Dios y a los demás, sin que haya respuestas. *La solución* no está en que se tenga una teodicea explicativa, sino en que desde la historia de Jesús ya se sabe cómo afrontar el mal y vivir con esperanza.

Y termino la exposición de Estrada con esta frase: «Lo específico cristiano no es un saber global sobre el mal, sino la identificación con una vida, la de Jesús, y la esperanza en una promesa, la del resucitado. *Se puede ser cristiano sin una teodicea resuelta.*»

### La inevitable y posible teodicea

Andrés Torres Queiruga piensa que la teodicea es necesaria para mantener la coherencia de la fe cristiana, que es inevitable y que es posible:

«Porque si realmente el mal mostrase que la idea que nos formamos de Dios es incoherente..., la fe se convertiría en *fideísmo* acríptico, y en última instancia, en un *fideísmo* absurdo».

*Es posible una nueva teodicea*, no una que justifique a Dios —excesivo como pretensión de la razón, pues ni Dios lo necesita ni nosotros somos quienes para juzgarlo— pero sí una que justifique la coherencia de *nuestra idea de Dios* ante el desafío que representa el mal del mundo.

- Y es que conviene no refugiarse apresuradamente en lo inadecuado de nuestros conceptos acerca de Dios, o en que Dios es un misterio. Ambas cosas son ciertas, desde luego. Pero que nuestros conceptos sean inadecuados no significa sin más que sean falsos; ni reconocer el «misterio» puede impedirnos afirmar algo cierto respecto de él. Conviene tenerlo en cuenta, pues si no fuese así, igual daría decir de Dios que es bueno o malvado, que le preocupa nuestra existencia o que le es indiferente...

Pues bien, para elaborar esa teodicea habría que comenzar por desmontar un presupuesto fundamen-

tal que está en la base de nuestro dilema, el que venimos llamando el dilema de Epicuro. ¿Cuál es este supuesto?.

- *Se da por supuesto que es posible un mundo sin mal.* Dios pudo hacer un mundo sin mal y podría hacer que no existiera mal en el mundo, pero, por motivos misteriosos, lo permite. Se sigue dando por supuesto que Dios podría, si quisiese, evitar el mal del mundo.

Si esto fuera así, no parece posible mantener de forma coherente la fe en Dios. Porque, cuando se toma en serio lo horrible del mal en el mundo, parece que nadie puede honestamente sostener la bondad de alguien que pudiendo eliminarlo, no lo haga.

¿Quién querría ser amigo de una persona que, llevada a un hospital y estando en su mano curar todo el sufrimiento que allí hay, se negase a hacerlo, por los motivos que fuese? ¿Qué persona honesta no evitaría, si pudiese, toda el hambre, toda la violencia, todo el dolor, todas las tragedias que existen en el mundo? Pero entonces la pregunta aparece inevitable: ¿Seremos nosotros mejores que Dios? En definitiva: ¿Podría honestamente mantenerse la fe en un dios que se comportase de esa manera?

- Habla Torres Q. de una *vía corta de la teodicea*. La de aquellos cristianos que creyendo y confiando en el amor infinito de Dios, tienen la seguridad de que no puede haber nada que desmienta ese amor. Están seguros de que Dios *no quiere ni puede querer* el mal de sus criaturas, y que por tanto, si ese mal está ahí, es *porque no puede ser de otra manera*.

Es como el que ve a una madre al lado de su hijo enfermo. No se necesita ser graduado en lógica para deducir que eso sucede porque no depende de la madre que pueda ser de otra manera. Se apoya en una percepción vivencial de la invalidez de los argumentos en contra de ese amor.

Ahora bien, una fe viva y real no puede sustraerse a los desafíos de la crítica ni renunciar a dar razón de su esperanza. De ahí que sea necesario revisar el dilema de Epicuro, pues si no conseguimos desmontarlo, mostrando que oculta algún falso presupuesto, se impone reconocer que lleva al ateísmo.

Y justo este es el planteamiento de Torres Q., su *vía larga de la teodicea*. En ella nos habla de:

- *La finitud como condición de posibilidad del mal.*

La experiencia nos dice que el mal resulta inevitable en este mundo, ¿significa que lo es en cualquier mundo? ¿No sería posible un mundo distinto, consti-

tuido de tal modo que en él no se diesen conflictos, rupturas, crímenes y sufrimiento: un mundo sin mal? ¿Es posible un mundo sin mal?

La imaginación nos mete en una trampa, porque tendemos a responder afirmativamente a la pregunta, y decimos: «Es posible imaginar un mundo sin mal». Pero que lo podamos decir no significa que sea coherente, que sea pensable. Y aquí la cosa cambia. No es posible un mundo sin mal, un mundo perfecto: Entonces sería Dios y no mundo; Creador y no criatura. En efecto, si la raíz del mal está en la finitud, dado que cualquier mundo que pueda existir será necesariamente finito, resulta imposible pensar un mundo sin mal.

Pensar un mundo finito sin mal es como pensar en un círculo cuadrado; o en un hierro de madera. Estas afirmaciones son abstractas y resultan difíciles, pero no es imposible lograr una cierta intuición de lo que ahí se enuncia.

Quizás resulte más fácil verlo, partiendo del ejemplo sencillo que ofrece la expresión «círculo cuadrado». ¿Por qué aparece absurda ya a primera vista? La respuesta es clara: porque una cosa contradice la otra; si es círculo, no puede ser cuadrado, y viceversa. Pero cabe dar un paso más: ¿Dónde está el fundamento de la contradicción? Evidentemente, en el carácter limitado, finito, de toda figura como tal. Ser una figura determinada implica necesariamente no ser otra. Tener la perfección del círculo significa intrínsecamente no poder tener la del cuadrado, y viceversa. Se pueden juntar, ciertamente, las palabras y hablar de «círculo cuadrado», pero no se dice nada.

La raíz fundamental de la incompatibilidad intrínseca está en la finitud. Eso mismo vale con idéntica fuerza para cualquier realidad finita. Ser una cosa implica no ser otra; y tener una cualidad supone carecer de la contraria. Ser varón implica no ser mujer, y viceversa.

Las consideraciones podrían alargarse mucho más, pero pueden bastar para allanar el camino a *la intuición fundamental*: que lo finito no puede ser perfecto. La finitud es siempre perfección a costa de otra perfección: perfección imperfecta, por definición.

Concluye esta argumentación diciendo que «*el rigor del concepto deja ver con claridad suficiente que, en definitiva, un mundo-sin-mal equivaldría a un círculo-cuadrado*».

Ahora bien, es importante hacer una observación: Que el mal sea inevitable en la realidad finita, no significa que ésta sea mala, significa tan solo que es buena, pero no de modo total y acabado; es finitamente

buena, es buena-afectada-por-el-mal, pues tiene que contar con su mordedura, irse realizando en lucha contra él, sin lograr nunca la victoria plena y sin poder, siquiera, excluir la posibilidad del fracaso.

Si estas conclusiones son válidas, obligan a replantear a fondo todo el problema. Porque ahora aparece con claridad el prejuicio con que de ordinario se razona. Si es imposible que el mundo exista sin que en él aparezca el mal, muchos planteamientos carecen literalmente de sentido. Cuando el no-creyente arguye que, puesto que hay mal, no puede existir Dios, está dando por supuesto que podría existir un mundo sin mal, lo cual, como hemos visto, es contradictorio. Y cuando el creyente pregunta a Dios por qué consiente el mal o por qué no ha creado un mundo perfecto, incurre en idéntica contradicción.

- *El Dios de la fe cristiana.*

Decíamos que si estas conclusiones son válidas, obligan a replantear a fondo todo el problema, y nos obligan a repensar nuestra concepción de Dios y de su relación con el mundo, con su creación.

Ante el sufrimiento o la desgracia, el presupuesto ordinario nos llevaba espontáneamente a preguntar a Dios por qué lo manda, o por qué lo consiente y no lo remedia; en definitiva, a preguntarle por qué ha hecho un mundo en el que existe el mal. Ahora, en cambio, aparece lo absurdo de tal pregunta. Sería como preguntarle por qué no ha hecho círculos-cuadrados. La única pregunta con sentido sólo puede ser esta: ¿Por qué, sabiendo que si creaba el mundo, éste estaría expuesto a los horrores del mal, Dios lo creó a pesar de todo?

Con lo cual no desaparecen, ciertamente, ni el mal ni las tremendas cuestiones que suscita. Pero se ha producido un cambio decisivo en ellas, quedan rotos los tópicos en que llegan envueltas, para examinarlas a otra luz y ahondarlas en una nueva dirección.

Si Dios es amor, si lo definitivo que hemos ido descubriendo en la larga marcha de la Revelación es su total entrega salvadora... la única respuesta correcta sólo puede ser que ha creado el mundo porque a pesar de todo —a pesar del mal— valía la pena.

Y entonces el mal es percibido como lo que Dios no quiere, como lo que se opone a la plenitud de su creación, como aquello contra lo que lucha. En una palabra, Dios aparece así como el Anti-mal por definición.

Dios crea por amor; al hacerlo, crea necesariamente lo distinto de sí: un mundo finito; este no es posible sin que en él aparezca también el mal, con todo lo que comporta de sufrimiento, culpa y angustia. Pero Dios

se vuelca con todo su ser y su bondad para ayudarnos en la lucha, como se revela de manera plena en Jesús; y, al final, nos asegura la salvación plena y definitiva.

De hecho, en el destino de Jesús se revela muy bien, por un lado, el carácter inevitable del mal: ni siquiera para él, como ser histórico y finito, fue evitable. Por otro, como parábola de Dios, lo muestra como el Anti-mal, siempre a nuestro lado contra el sufrimiento físico y la angustia moral. Lo cual, por cierto, nos recuerda dos cosas fundamentales. Primera, que cualquier aclaración teórica del mal sólo tiene legitimidad en cuanto fundamenta una praxis activa contra él. Segunda, que no existe un mal absoluto, ni siquiera el de la muerte, y que incluso en ella (esta es la gran lección de la cruz) se puede vivir en la confianza de que Dios está siempre ayudando a ordenar las cosas para nuestro bien (cf. Ro 8,28) y en la esperanza de la victoria definitiva. Esta es la gran luz de la resurrección.

Todo esto tiene también consecuencias para nuestro modo de entender la omnipotencia divina. Un mínimo de atención muestra exactamente que la nueva visión rompe el dilema de Epicuro. Sólo el prejuicio anterior, al no caer en la cuenta del carácter inevitable del mal, obligaba a elegir entre la bondad y la omnipotencia. Una vez superado este prejuicio, esa necesidad se revela como una trampa del lenguaje. No debe decirse: «Dios *no puede hacer* un mundo-sin-mal», sino que éste es *imposible*. Es decir, no se afirma que haya algo que Dios no pueda hacer, sino que eso que parecía algo, es nada. Dios no deja de ser omnipotente, porque no haga círculos-cuadrados. Que una madre buena y docta no pueda enseñar trigonometría a su hijito de seis meses, ni niega su amor ni merma su sabiduría; simplemente enuncia una incapacidad del niño. En definitiva, al afirmar que un mundo-sin-mal es imposible, en absoluto se habla de una impotencia de Dios, sino de que, como diría Zubiri, el ser-finito del mundo «no da más de sí».

Lo cual es más importante de lo que puede creerse a simple vista. La teología actual hace muy bien en reaccionar contra la idea de un dios apático e impasible. Incluso hay que admitir una cierta responsabilidad de Dios en el mal, en cuanto a que este no aparecería, si él no hubiese creado el mundo. Pero puesto que lo ha creado, y no por egoísmo sino por amor, hemos de pensar —hablamos así humanamente— que lo ha hecho de manera responsable, sabiendo que podía remediarlo. Por eso hay que tener cuidado cuando se exagera y se habla de la impotencia de Dios. Como advierte X. Tilliette, ese tipo de afirmaciones «parten de una intención conmovedora, pero de una reflexión rápida», puesto que «es preciso saber a qué se expone

un antropomorfismo que a la miseria del hombre añade la impotencia de Dios».

- Dios «*quiere y puede*» evitar el mal.

Hay una última y decisiva objeción que debe enfrentar este planteamiento, y que parece que lo va a derribar desde sus mismas bases. Podríamos formularlo así: si Dios al final de la historia nos promete una nueva creación sin mal, si nos promete la salvación definitiva, parece que es posible una realidad finita sin mal. ¿O es que los bienaventurados dejarán de ser finitos? Es obvio que no cabe esperar una respuesta evidente, sino únicamente indicaciones que sean suficientes para liberar de la contradicción e insinuar de algún modo el camino de una cierta coherencia.

La bienaventuranza o salvación escatológica pertenece a la respuesta religiosa y, por tanto, presupone la fe. No es un dato obvio del que se parte para poner en cuestión una evidencia filosófica, sino, por el contrario, un misterio al que se llega y que es más bien él mismo el que tiene que tantear difícil y oscuramente en busca de su posible inteligibilidad. Pero, entiéndase bien, es un misterio en sí mismo, es decir, para cualquier interpretación, no sólo para la propuesta hasta aquí.

Para mayor claridad, conviene distinguir dos aspectos: ¿Por qué Dios no nos ha creado ya en la salvación final? y: ¿Cómo es posible esa salvación, dada la finitud?

a) Curiosamente, la respuesta inicial a la primera pregunta se remonta ya a san Ireneo. Ante una cuestión afín — ¿Por qué tardó tanto la venida del Salvador? — responde con la necesaria mediación del tiempo en la constitución de la realidad finita. Lo que es posible al final no siempre lo es al principio: La madre, por mucho cariño que ponga, no puede dar carne al niño de pecho (Adv. Haer. IV, 38, 1). Esto tiene una consecuencia decisiva: Cuando se piensa en toda su radicalidad que la persona es lo que ella se hace, lo que llega a ser en el lento y libre madurar de su propia historia, se intuye la imposibilidad de que pueda ser creada, no ya en la plenitud de la gloria, sino simplemente como consciente y adulta. Un hombre y una mujer, creados adultos de repente, constituidos de golpe en la claridad de la conciencia, no serían ellos mismos sino algo fantasmal: auténticos aparecidos sin consistencia incluso para sí mismos. Serían una contradicción.

La cultura moderna, con su énfasis en la libertad, ha hecho esto evidente. Más impresionante es ver que la gran tradición, desde el comienzo de la patrística hasta Tomás y también después él, negó la posibilidad

de que Dios pudiera crear una libertad finita y ya perfecta. El tiempo de la historia, pues, no es una opción de Dios, que podría habernos creado felices, pero no quiso. Es simplemente la necesidad intrínseca de nuestra constitución como seres finitos. O somos así o no podemos ser en absoluto. En una palabra, si Dios actuando por amor, y por lo tanto exclusivamente para nuestra felicidad, no nos ha creado ya completamente felices, es sencillamente porque no era posible.

b) Pero entonces surge la segunda pregunta: En estas condiciones ¿resulta concebible una salvación perfecta? Es claro que aquí nos acercamos a las últimas estribaciones de la razón, allí donde ésta, en el seno de la experiencia religiosa, acaba acogiendo intuiciones que la sobrepasan hacia el misterio.

Verdaderamente, la reflexión toca aquí las últimas estribaciones del ser. Pero de alguna manera intuimos que el amor de Dios puede realizar lo en apariencia imposible: Una cierta infinitización de la persona finita, pues en la gloria ella puede decir: «Todo lo de Dios es mío».

Al final aparece, pues, que lo que un mal uso del lenguaje — por adelantar a las condiciones de la historia lo que sólo será posible en su superación — convertiría en contradicción que hacía peligrar o la grandeza o bien la bondad de Dios, se revela como la gran verdad de la superación del mal: Dios puede y quiere vencer el mal. Solo que su amor tiene que soportar — por nosotros y con nosotros — la paciencia de la historia. Esta resulta muchas veces dura y terrible, pero desde la fe aparece ya iluminada por la gran victoria final, pues entonces ya «no habrá más muerte, ni luto, ni llanto, ni pena» (Ap 21,4), y «Dios será todo en todas las cosas» (1Cor 15,28).

### **Entonces comprenderemos plenamente lo que yo decía al principio:**

Que Dios no nos ha salvado **del** mal, sino que nos ha salvado **en** el mal, acompañándonos y sosteniéndonos todos los días de nuestro finito caminar, de una manera tan íntima y solidaria, que apenas si somos capaces de vislumbrar.

**Bibliografía**

J. A. ESTRADA, *La imposible teodicea. La crisis de la fe en Dios*, Trotta, Madrid 1997; "De la teodicea a la esperanza", *Iglesia Viva* 225 (2006) 31-43.

A. TORRES QUEIRUGA, "Mal, Conceptos Fundamentales del Cristianismo", Trotta, Madrid 1993, 753-761; "El mal inevitable: replanteamiento desde la teodicea", *Iglesia Viva* 175-176 (1995) 37-69; "La inevitable y posible teodicea", *Iglesia Viva* 225 (2006) 9-30; «Esperanza a pesar del mal», Sal Terrae, Santander 2005.